

DE MÚSICA Y DE MÚSICOS¹

Samuel Máynez Champion

A manera de introito

La presente recopilación de notas periodísticas deriva de la columna quincenal que, en sintonía con los artífices de la sección cultural del semanario *Proceso*, intitulé *Estro Armónico*. Con ella, tanto en sus connotaciones de inspiración como de fantasía musical, he pretendido rendirle homenaje a los conciertos op. III del abad Vivaldi, amén de tratar, con relativa infructuosidad, de apoyarme sobre los andamios de la palabra escrita.

Así, con mi ingreso en febrero de 2008 a las plataformas de la revista, he ido desplegando las temáticas que me son más cercanas, incluso terapéuticas, sin perder de vista el enfoque divulgativo y aun reivindicador que la “buena” música exige en esta época pomposamente llamada “posmodernista”, donde la proliferación de estruendos y cacofonías es ubicua. Y aquí en apariencia, surge un peligroso atisbo de unilateralidad, puesto que el adjetivo que pone por encima de las demás a la música que la columna promueve, sólo intenta esclarecer la naturaleza de los contenidos que las caracterizan. Como argumentación de tal esclarecimiento he publicado diversos textos, entre los que destaca aquel donde me ocupé de los efectos que las construcciones sonoras tienen sobre los seres vivos. Escribí que, ya sean devastadores o benéficos y con independencia de la subjetividad, dichos efectos ya están comprobados por la ciencia y, a guisa de conclusión, aseveré que la “buena” música es la que favorece la vida y que la “mala” música es aquella que la cohibe, la corrompe o la aniquila. Por tanto, acerté que para su consumo la elección correcta habría de situarse por encima de discusiones estériles y de condicionamientos educativos o, mejor dicho, de farallones de ignorancia. He de insistir que atrás de toda “música” que enajena, enferma o idiotiza, siempre se atrincheran políticas coercitivas e intereses multimillonarios.

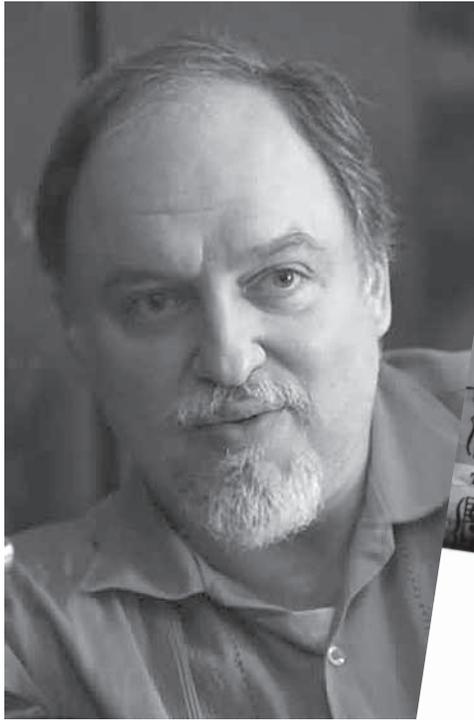
Perseverando en el concepto proclamé en otro texto que para merecer el adjetivo, la música culta o “clásica”, aquella que sí dignifica la existencia humana, debe poseer

originalidad rítmica, innovación armónica, solidez estructural y variedad melódica. Las demás, entre las que se excluyen, por supuesto, las músicas emanadas de la verdadera inspiración del pueblo, son deyecciones acústicas que, acaso, deberían etiquetarse con las mismas leyendas de los cigarrillos y las bebidas alcohólicas en cuanto a su nocividad. Siendo coherentes con el postulado, también habían de vetarse de la vía pública con la misma pertinacia que se erige la veda contra las drogas duras. Habría entonces de repararse en el paralelismo que existe con las adicciones que generan.

En esta misma tónica estoy obligado a mencionar otra nota periodística donde glosé sobre los infiernos existenciales que depara la sordera, merced a su delictiva asociación con el ruido. Valga de nueva cuenta la cita propia: “para la medicina los efectos de la violencia acústica en el ser humano podrían equipararse a respirar gases venenosos o a ingerir brebajes tóxicos de forma aleatoria. En el decir de sus oficiantes dicha violencia, en proporción directa al lapso de exposición e intensidad, constriñe la circulación sanguínea, es causante de fatiga crónica, produce taquicardia, dilata pupilas, secreta adrenalina y, al cabo del tiempo, desemboca en la merma sensorial que recibe el nombre de hipoacusia. Insuficientes las voces de alarma los estragos se multiplican”.

Empero, más allá de mis pruritos y de mis reiterados exhortos para que al arte sonoro se le conceda la debida preeminencia, me he abocado a versar sobre la música y los músicos mexicanos. De hecho, ese es el *leitmotiv* que subyace en la esencia de mis quehaceres. Ante la constatación de su menosprecio por parte de la sociedad mexicana —o quizá debamos de entenderlo como mero desconocimiento—, no me es posible claudicar, ni mucho menos, puedo aceptar con docilidad la subyugación frente a las evidencias. Estoy consciente que los gritos de auxilio que profiero a nombre de mi vejado gremio sólo cesarán cuando mi tiempo terrenal concluya... y que, mientras eso acontezca, seguiré empuñando las armas invisibles de nuestra propia heredad sonora para recalcar que merecemos un país más nuestro, un país donde agobio, corrupción, violencia e incivildad no sigan imperando; en suma,

¹ Introducción al libro *De música y de músicos*, Volumen 1, de Samuel Maynez Champion, con prólogo de Julio Scherer García, Ediciones Proceso, México, 2014. Próximamente aparecerá publicado el Volumen 2, con prólogo de Miguel León Portilla.



seguiré abogando para que tengamos una nación donde las acequias de la esperanza sí reverberen en el ánimo de sus moradores y donde las certidumbres de la conciencia fulguren nuestras ansias de belleza, de bien y de verdad.

Inquiero: ¿No está aguardando esa música nacida en los pliegues de nuestra historia patria a que nos dignemos escucharla para ayudarnos a comulgar en silencio con la parte más sensible de nuestras frágiles personas? ¿No es ella, la sempiterna e inefable música, aquella que sobresale entre las artes para ofrecerle a nuestra alma dolorida sus consuelos más hondos? Para decirlo con Platón, ¿no es la música la gran aliada celeste cuya verdadera función consiste en reducir a orden y armonía los desajustes que se producen en nuestro interior? Por ende, ¿ha de seguirse empleando para generar ese placer irracional que únicamente dilata el ruido que mora en la interioridad de quienes rehúyen dialogar asertivamente consigo mismos?

Bastaría con acercarse a ella para acceder a esa dimensión donde el tiempo humano se expande en oleajes de infinitud donde la fugacidad del instante vivido se abisma en torrentes de gozosa soledad e inmaculada quietud. Y aquí se torna imprescindible aclarar que el camino que facilita ese acercamiento está abierto y que sólo es necesario acceder a la audioteca de *Proceso* para que las premisas enunciadas en los textos tengan una validación práctica. En el sitio proceso.com.mx se ha dispuesto con la eficaz

colaboración de sus forjadores el acervo que sustenta aquello que los textos enarbolan.

No puedo concluir esta suerte de proemio sin mencionar que mi ingreso al periodismo cultural proviene de la apasionada melomanía de Julio Scherer García y de la tenaz vocación educativa de Rafael Rodríguez Castañeda. Tan contundente como sus acciones y sus decires, la voluntad de ambos allanó la senda para que mis primeros experimentos literario/musicales dejaran de serlo y se convirtieran en la columna vertebral que le da soporte a mis notas periodísticas. No puedo permitirme la vesania de omitir la constancia escrita de mis agradecimientos.

Y con esto le cedo la música a las palabras.

Samuel Máynez Champion. Violinista mexicano, profesor del Conservatorio Nacional de Música. Egresado de la Escuela de Música de la Universidad de Yale y del Conservatorio Giuseppe Verdi de Milán. Doctor en Estudios Mesoamericanos por la UNAM. Fue acreedor al premio del Instituto Italo-latinoamericano de Roma. Residió en Europa, recibiendo lecciones de maestros como Henryk Szeryng, Peter Rybar y Franco Gulli. Ha actuado como solista con las Orquestas Sinfónica Nacional de México y Finlandesa de Jyväskylä y en La Scala de Milán, el Regio de Turín, el Lincoln Center de Nueva York, la Sala Nezahualcóyotl y el Palacio de las Bellas Artes de la ciudad de México. En 1996 fundó el *Alauda Ensemble*, agrupación con la que ha realizado giras, grabaciones y estrenos, tanto de música mexicana como latinoamericana. Paralelamente a su actividad musical se dedica también a la creación literaria. Colabora regularmente en la revista mexicana *Proceso*, así como en *Archipiélago*, entre otras. Es autor de la obra de teatro *Antonio Lucio, la música de Dios* y del libreto para la cantata escénica *Un Ingenioso Hidalgo en América*, creado al alimón con el compositor Luis Bacalov.